

IV.

Una sala en el castillo de Reichsverta, residencia del Conde.
En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro.
El Conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, enviado de la Sublime Puerta, Pajes, un CAPITÁN de la guardia italiana.

OTOCAR.

Sin lisonja, señor Muzedin, habláis el alemán como un verdadero purista. ¿Conque os volvéis á Constantinopla? Si tenéis por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviármelo. Uno tenía yo muy sabio, que asistió perfectamente á mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN.

Lo comprendo.

OTOCAR.

¿Lo comprendéis? Hay cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho «sin duda», pues que se ha muerto. Vos os limitáis á decir: «lo com-

prendo», expresión delicada, matiz de lenguaje. Poseéis muy á fondo el alemán, lo repito.

MUZEDIN.

Vuestra Alteza me favorece demasiado.

OTOCAR.

No, ciertamente que no. ¿Y decís que el Emperador os ha recibido muy bien?

MUZEDIN.

Bastante bien.

OTOCAR.

¡Bastante bien, nada más! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive más que de matices, señor Muzedin. Un matiz en política vale por un cañonazo. Por un matiz mal comprendido ó mal expresado, el mundo se conmueve y los pueblos se destrozan sin piedad.

MUZEDIN.

Dios es grande.

OTOCAR.

Y los hombres son pequeños; ya veis que no hago más que completar vuestro pensamiento, y justo es que me permitáis alimentar mi conversación con las migajas de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena más agradable de que conservo memoria. Excelente idea habéis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para venir

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERO"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

á verme. Yo vivo muy solitario á causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años á esta parte; así es que me véis con tanta boca abierta cuando habláis, como si oyese á un cisne. ¿Queréis creer, señor Muzedin, que años atrás estuve á punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN.

¿El turbante?

OTOCAR.

El turbante. No precisamente á causa del turbante en sí mismo, sino á causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres tenéis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN.

Sesenta, señor serenísimo.

OTOCAR.

¿Nada más que sesenta? Mil y ciento tenía Salomón, si no me es infiel la memoria. Salomón era prudente y sabio; con menos lo fueran otros.

MUZEDIN.

¿Y efectivamente Vuestra Alteza ha estado á punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR.

En un tris estuvo, señor Muzedin: formábame en mi imaginación una idea deliciosísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro y en medio de aromáticos jardines, gran-

des pajareras de alambre de oro, llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras y mujeres lánguidas, de ojos rasgados, tamaños como puertas. Véame á mi propio ligeramente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustáis de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN.

¿Y cómo ese cuadro tan vivo, que me transporta á las orillas del Bósforo, no os decidió, señor Conde?

OTOCAR.

Lo pensé bien, y ví que no hubiera sido feliz; toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, y me hubiera acarreado mil disgustos. En este país tenemos un precepto que dice: «Es preciso contentarse con lo que se tiene y pasarse sin lo ajeno»; precepto que yo practico al revés. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

MUZEDIN.

¡Já, já, já!

OTOCAR.

¿Os reís? Mucho lo celebro. El que logra hacer reír á un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN.

Sin duda.

OTOCAR.

Gracias por la lisonja. Hay en vos algo que recuerda al griego del Bajo Imperio; sabéis adular con maña. Yo comparo á los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN.

En efecto, en efecto.

OTOCAR.

¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas más ó menos felices todas las cosas que he observado. ¡Os sorprende lo que digo! Veo que os formabais de mí la idea de un tirano brutal y absolutamente iliterato; pero habréis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razón filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una ley inmutable, á saber: el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan á los pequeños; el león reina en las selvas por el derecho de sus garras y de sus músculos sin pares. La naturaleza dice á los fuertes: vuestro es el dominio; el que se siente fuerte y no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despo-

tismo, aplasta á cada paso que da á millares de seres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor y de maldición contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el más ruin hormiguero de cuantos se ven á flor de tierra, rimeros de volúmenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundación del susodicho hormiguero la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasión de un déspota desconocido, y ese año no es más que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el orden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los seres pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voy á decir, señor Muzedin: ¿dónde empieza la opresión? ¿dónde acaba? Haberme creado, sin dejarme la elección de ser ó de no ser, paréceme que constituye ya un abuso inaudito de poder. La opresión es el consejo que nos dan todas las voces del universo, la exhortación que se transmiten las víctimas de escalón en escalón. Si mañana uno más fuerte que yo me derribase de mi solio soberano y se sentase en él en mi lugar, mis últimas palabras serían que el pícaro tiene razón. ¿Qué tenéis que decir á esto, señor Muzedin.

MUZEDIN.

Nada á fe mía.

OTOCAR.

Pues á fe mía que hay muchas cosas, sin embargo, que se pudieran objetar á lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos preferiríais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, á quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. (A un paje que entra.) ¿Qué hay?

EL PAJE.

Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar á V. A. secretos de vida ó muerte.

OTOCAR.

Que entre primero el de más edad. (Vase el paje.) Señor extranjero, podéis quedaros; vuestro ingenio curioso y observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. (Entra Enrique Fritzlar pálido y trémulo.)

OTOCAR.

Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?

FRITZLAR.

Noble Conde, yo me llamo Enrique Frizlar.

OTOCAR.

Ya caigo. Tenéis dos hijas; os felicito, porque son muy lindas. ¿Qué me queréis?

FRITZLAR.

Señor Conde, vengo á arrojarme á las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro: una conspiración urdida contra la persona sagrada de V. A. va á estallar esta misma noche; los rebeldes se reúnen ya á las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van á ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR.

¡Esta noche! ¿Estáis seguro de lo que decís, buen hombre?

FRITZLAR.

Respondo de ello con mi cabeza, señor.

OTOCAR.

Escucha, Azo. (Habla al oído al capitán de la guardia, que sale al momento.) Ahora, maese Fritzlar, ¿me diréis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRITZLAR.

En su mayor parte estudiantes, señor. Sus dos principales caudillos son Salado y Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR.

¿Ulrico? De ése no me sorprende. ¿Y quiénes son los demás jefes?

FRITZLAR.

Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio y el judío Munius.

OTOCAR.

¿Y cómo estáis tan bien instruido de todo, mae-se síndico?

FRITZLAR.

Señor, beso humildemente los pies de V. A. Dignese conservar un padre á las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos.

OTOCAR.

Ya, ya, bien está. Vos vivís enfrente de San Egidio, ¿no es verdad? Iré á probar vuestra cerveza uno de estos días. Soltad mi mano, soltadla, buen Fritzlar. Saludad por mí á aquellas niñas. (Sale Fritzlar con el paje.)

MUZEDIN. (Levantando las manos.)

¡Alá!

OTOCAR.

De poco os asombráis, señor Muzedin. (Entra Munius conducido por el paje.)

MUNIUS.

Noble príncipe, serenísimo burgrave, vedme á vuestros pies.

OTOCAR.

¡Por mi vida que este es el fiel Munius!

MUNIUS.

Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR.

Ya lo sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS.

El primero, el más encarnizado de todos, es el capitán Ranucio; en segunda línea figuran el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar.

OTOCAR.

Modesto sois, Munius; no gustáis de cítaras..... ¿En cuánto evaluáis vuestra cabeza? Aquí entre nosotros, en confianza, amigo mío.

MUNIUS.

¡Mi cabeza, señor! Por Abraham y todos los santos patriarcas..... os protesto que sólo por una mera casualidad he sabido..... ¿Mi cabeza?..... no puedo calcular.....

OTOCAR.

Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la taso en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! Que me pongan á buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Munius. (Los guardias se llevan al judío.)

MUZEDIN.

¡Alá, Alá!

OTOCAR.

No os arranquéis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasión, mi amado Muzedin, ó creeré que las cosas más sencillas os dejan estupefacto, ó en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazón humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. (Entra Ranucio de Bizancio.)

¿Quién es ese zángano?

RANUCIO.

Señor, beso las augustas suelas de las pantuflas de V. A.

OTOCAR.

Mis pantuflas os lo devuelven, capitán. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO.

Ranucio de Bizancio: ¿es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR.

La felicidad es mía, señor Ranucio, y el honor de entrambos. Me gustan los hombres que ciñen espada y me honro con su trato.

RANUCIO.

Temía, señor, que Munius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR.

Error, señor caballero.

RANUCIO.

Es mi enemigo, y por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar, debía esta noche asesinar á Vuestra Alteza y pegar fuego á Nuremberg.

OTOCAR.

En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO.

¡No, señor, soy un gran culpable!

OTOCAR.

¿Es posible? ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son más que apariencias, dígoos, Ranucio, que toda ciencia de observación es vana, y que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO.

Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuración.

OTOCAR.

¡No, no, por la santa cruz! ¡Os burláis de mi credulidad! ó si es cierto lo que decís, ya no me resta más que velarme el rostro con mi manto como el emperador César y exclamar: *Tu quoque!*

RANUCIO.

Señor, yo tengo mis defectos: me gusta el peligro.

OTOCAR.

Ese es el defecto del león, camarada.

RANUCIO.

Cuando ruge la tempestad, donde yo me refugiaria con preferencia es en la copa de aquellos árboles gigantescos que van á perderse entre las nubes: tal es mi temperamento; y por eso, mientras que otros no veían en la conspiración más que un medio de saciarse de botín, yo veía en ella únicamente la ocasión de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

OTOCAR.

¡Esto se llama un valiente!

RANUCIO.

A mí se me habían reservado naturalmente, serenísimo señor, las más arriesgadas pruebas de la empresa; yo debía sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo más recio de la pelea y, no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo á cuerpo con V. A. mismo.

OTOCAR.

Por mi vida que me haréis sentir la pérdida de esa ocasión de ganar gloria. ¿Y por qué extraña

casualidad, hermano, habéis en la hora del peligro doblegado vuestros impetuosos instintos bajo la ley del deber?

RANUCIO.

Señor, en primer lugar, me daba vergüenza pelear á las órdenes de un impuro judío contra el más noble príncipe de la cristiandad; luego, representándome la desolación en que iba á sepultar á esta ciudad, la sangre corriendo á torrentes por las calles, los clamores de las mujeres y de los niños, y en general todos los horrores que iban á salir de esta nueva caja de Pandora, á saber, la vaina de mi espada, sentí conmoverse mi corazón.... Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

OTOCAR.

No por cierto; no veo en ello más que una varonil generosidad.

RANUCIO.

Entonces resolví presentarme á V. A. solo y desarmado.

OTOCAR.

Esa confianza acaba de pintaros.

RANUCIO.

Creo no haber hecho más que cumplir con mi obligación; así es que nada pediré en cambio á Vuestra Alteza, más que un tercio en la confisca-

ción de los bienes de Munius y de sus cómplices.

OTOCAR.

¿Un tercio os bastará?

RANUCIO.

Soy hombre que me contento con poco; en retribución de esa dádiva tengo á la disposición de vuestra Alteza una lista en que he inscrito, desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

MUZEDIN.

¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

OTOCAR.

¿Habéis nacido ayer, buen Muzedin? (A Ranucio.) Vamos, amigo mío, ¿es eso todo lo que tenéis que pedirme? Nada me ocultéis; ya véis además que soy hombre ingenuo y sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que nó está á la vista: así es que si os esperáis á verme adivinar vuestros secretos deseos para satisfacerlos, os lleváis chasco. Deponed, pues, toda delicadeza y explicaos libremente.

RANUCIO.

Señor, no quiero ni un alfiler más.

OTOCAR.

Ya lo oís, Muzedin. ¿Acaso os imaginabais que el cielo, al distribuir á Ranucio tantas eminentes

cualidades, había omitido el desinterés? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, y he aquí la razón por qué el buen Muzedin, como es práctica constante que un príncipe haga á su huésped un presente de raro é inestimable valor, como vos sois mi huésped, y como en fin no conozco objeto más precioso en mis dominios ni en toda la tierra que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os lo regalo.

RANUCIO.

¡Misericordia! (Se arrodilla.)

OTOCAR.

Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condición, y es, que tan luego como lleguéis, le hagáis empalar, no sólo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista á ese miserable. (Se llevan á Ranucio desmayado.) Reponeos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta á un verdadero amigo de la ciencia: el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fétido vaso en cuyo fondo se está elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los más impuros reptiles los secretos que la

naturaleza se deja arrancar por el genio. Por esta razón, como hombres de Estado y filósofos que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, y contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que puede revestirse la traición para engañar á los demás y para engañarse á sí misma.

MUZEDIN.

¿Y á qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre y le hace peor?

OTOCAR.

Habláis como un padre de la Iglesia, señor turco; pero olvidáis que es fuerza vivir en medio de esa canalla. (Entra Salado.) Mirad á ese: ¿quién no se engañaría? Apenas ha llegado á la edad en que se desconfía de los hombres, y ya los vende; ¡sí apenas á esa edad se engaña á las mujeres, y él engaña á los hombres! ¿Qué edad tienes, doncel?

SALADO.

Veinticinco años, señor.

OTOCAR.

¿Y qué vienes á hacer aquí?

SALADO.

Noble señor, permitidme que me acerque suplicante....

OTOCAR.

Ya sé lo que me vas á decir. Véte. Esta sala apesta á traición: basta ya. ¿Tienes una madre? Véte con ella. Tienes cara de niño y te trato como á niño; pero no pronuncies una palabra de traición, ó te trataré como á hombre. Vamos á ver, tú eres un calavera: tienes deudas, ¿no es verdad? Querías matar á tus acreedores en el motín, ¿no es esto? Y luego, al llegar el momento te ha faltado valor, y ahora vienes á denunciar á tus amigos para que yo pague á tus acreedores.

SALADO.

Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarles: me son indiferentes. Mi historia es ésta: habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados, fingí, para que no me matasen, adherirme á su causa, y ahora vengo á poner en manos de vuestra Alteza todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR.

Bien, bien; véte: todo lo sé,

SALADO.

No lo creo, señor Conde. Ciertos pormenores no son conocidos más que de un cortísimo número de